

Entre la pedagogía y la teología de la liberación: Anotaciones en torno a “Informe de la Madre Laura. Los albores de una Metodología de Trabajo con los indígenas” (1917)¹

María E. Osorio / Universidad de Antioquia

Resumen

El objetivo de este trabajo es presentar algunas reflexiones sobre el “Informe” que Laura Montoya Upegui (Jericó, 1874 – Medellín, 1949), más conocida como la Madre Laura, presenta en 1917, ante el Comisionado Episcopal, el doctor Carlos Villegas. Dicho Informe no sólo muestra un método de trabajo misional y pedagógico para ser desarrollado al interior de las comunidades indígenas, sino que también puede leerse como un documento en el que se denuncia y critica la situación de miseria en la que ha vivido la gente indígena durante los 500 años de colonización.

Palabras clave: Informe, misiones, pedagogía, Laura Montoya

Abstract

The aim of this paper is to present some reflections on the report that Laura Montoya Upegui (Jericó, 1874 – Medellín, 1949) introduced in 1917 to the Episcopal Commissioner, Dr. Carlos Villegas. This report is a method of missionary and educational work that was developed within indigenous communities. However, the report can also be read from other perspectives, as it is a document that denounces and criticizes the misery in which Indians have lived during the 500 years of colonization. Finally, it relates a historical moment in which concern for the indigenous had taken place in the national debate.

Keywords: Report, assignment, pedagogy, Laura Montoya

Introducción

En 1992 se publica un pequeño texto titulado *Laura Montoya. Promotora de la educación popular*, en el cual se incluye el informe que Laura Montoya presenta ante el representante del Comisionado Episcopal, el doctor Carlos Villegas, en 1917. En estas pocas páginas encontramos la metodología de trabajo misionero y pedagógico que Laura Montoya y sus compañeras estaban desarrollando, al igual que una reflexión sobre dicho método, realizada por el sacerdote Guillermo Cardona Grisales.

Dicho texto constituye un valioso aporte educativo, ya que en él se sintetiza la visión que la Madre tenía sobre el trabajo pedagógico y misional al interior de las comunidades indígenas del Occidente de Antioquia. Se trata, en otras

palabras, de un método no formal que es elaborado a partir del conocimiento y del reconocimiento del otro, de su realidad social y cultural y que, para la época en la que lo concibe, era completamente innovador. Además de proponer la abolición de la verticalidad en la relación maestro/alumno, el informe aboga por el enriquecimiento recíproco, en el que tanto el educador como el educando aprendan uno del otro, pero, más importante aún, este pequeño informe podría leerse como un manifiesto político en el sentido de que Laura Montoya alza su voz para condenar a quienes han sometido a los indígenas al ostracismo social, cultural y económico en el que han vivido.

Veremos, entonces, que el indígena, tan olvidado en las constituciones de la historia de Colombia, es el protagonista, el centro de la preocupación misional de la Madre Laura. Y, si bien en sus alusiones encontramos un eco paternalista de la voz del Padre Bartolomé de las Casas, el defensor de los indios en el periodo de la Colonia en América, es destacable que la religiosa colombiana, al igual que el sacerdote dominico, va más allá en su proyecto de defensa: recorre diferentes instancias del poder político y religioso para alzar una voz de protesta en nombre de los silenciados indígenas. A pesar de los quinientos años de distancia entre estos dos defensores de los indios, sus reivindicaciones no son muy diferentes, pues desde el siglo XVI se ha intentado involucrar al indígena en una idea de progreso y civilización que no sólo les es completamente ajena, sino que obedece a los intereses económicos impuestos por el mundo occidental. Este atentado cultural, escribía la Madre Laura, que no sólo era cruel, sino que iba en contra de las enseñanzas de Cristo.

La pedagogía propuesta por la Madre Laura, esto es, la que perfila en su método para el trabajo misional, es ya reconocida como pionera en el contexto de la Iglesia colombiana. Habría que insistir en que su originalidad proviene de un profundo humanismo cristiano, pero también en que ella emerge como una propuesta alternativa o marginal al interior de la Iglesia al ser concebida por una monja-misionera en un contexto en el que todavía eran muy restringidas las posibilidades para las mujeres. En dicho sentido, podríamos ver este método como un texto que clama por la apertura de una parte de la Iglesia. Como bien lo escribe la misma Laura Montoya en su *Autobiografía*, ella tuvo que luchar contra los prejuicios que entonces se veían como imposibles, como lo era el de que una religiosa misionera optara por desarrollar su misión en tierras

inhóspitas y lejanas, en vez de quedarse circunscrita a los oficios de servidora en las casas sacerdotales, como entonces era frecuente.

Para este momento coyuntural, que surge de cara a la canonización de la Madre Laura, en el mes de mayo de 2013, es interesante traer a colación otras mujeres y santas que han marcado la historia de la Iglesia Católica, dado que todas tienen en común la excepcionalidad. Aunque son muchos los ejemplos que podríamos nombrar, es evidente que en el mundo hispano sólo hay uno a la que la Madre Laura iguala en su capacidad creadora y fundadora, así como en la fuerza de voluntad que ponen en su trabajo al interior de la Iglesia: nos referimos a Santa Teresa de Jesús, quien pasaría a la historia como la Monja Fundadora. Mientras Teresa de Jesús, en pleno siglo XVI, recorría los caminos de España en su misión de fundar conventos para su congregación, diecisiete en total, Laura Montoya hizo peregrinaciones equivalentes a lomo de mula por los insondables caminos de Antioquia, Colombia. Así, al momento de su muerte, en 1949, dejaba extendida su congregación de misioneras en tres países, 90 casas misioneras y con un número de 467 religiosas. En la actualidad, las misioneras trabajan en 19 países de América, África y Europa.

La impecable labor misionera que desarrolló la Madre Laura bien podría haber sido retomada como un punto de inflexión en la concepción misma que se tenía sobre el indígena y sobre la manera de hacer el trabajo educativo al interior de las comunidades indígenas, pero hoy sabemos que, además de haber estado bastante sola en su labor, tuvo que mantener una gran firmeza para imponer lo que hoy ya se sabe que representaba un verdadero compromiso humano y social con los indígenas de Colombia y de América. Su método era controversial, pues, como lo destaca el sacerdote Guillermo Cardona (47), propugnaba por la unidad entre evangelización (anuncio-denuncia) y promoción humana. Sobre este tema escribe este religioso lo siguiente:

Por eso la Madre Laura al mismo tiempo que habló de evangelizar, habló de leyes para proteger a los indígenas, de tierra, de respeto a la cultura, de formación de líderes, de salud, de educación (...) de todo lo que hiciera al indio más persona. (Cardona 47)

Quizá sea este el momento coyuntural propicio para reflexionar y teorizar sobre las enseñanzas de la Madre Laura, pues la proclamación de su Santidad podría verse como un reconocimiento a su preocupación por los más pobres y desprotegidos, la cual, por demás, sigue siendo necesaria en un país donde aún hoy se les priva de sus derechos más mínimos.

Laura Montoya promotora de la educación popular

El citado informe, presentado por la Madre Laura en el 1917, al doctor Carlos Villegas, Comisionado para los indígenas del Occidente de Antioquia, sobre su trabajo misionero al interior de las comunidades embera katío de

Dabeiba (Antioquia) sintetiza una propuesta pedagógico-misional que, a nuestro modo de ver, es perfectamente consecuente con la que diseña para educar a sus alumnas y novicias. No obstante, la mayor riqueza de este informe consiste en el dar cuenta de una adaptabilidad o movilidad del concepto de pedagogía, en tanto que en la ya temprana época en la que se escribe llamaba a deconstruir las ideas que se asociaban con la enseñanza, como la de escuela y la relación maestro-alumno. Lo que encontramos, como bien lo escribe Olga Lucía Álvarez (2), es una propuesta que se inscribe dentro de una visión liberadora de la pedagogía cristiana, esto es, basada en el amor y el reconocimiento del otro, como la desarrollada por Jesús, recogida en el Evangelio según San Marcos 9: 35-38 y 10: 1-15, y que podría sintetizarse como un método que se plantea ir al encuentro con las comunidades, por lo que también podría entenderse como un modelo de educación popular.

En otras palabras, el “Informe de la Madre Laura Montoya” tiene un valor que le es dado por su contenido específico, pero que cobra mayor relevancia cuando lo estudiamos a la luz del pensamiento y de la obra de la religiosa, puesto que así lo entendemos como una parte de la totalidad que abarca su quehacer social y religioso. Hablamos, por tanto, de un pensamiento que se desarrolla en correspondencia con su labor misional y que es precursor, ya que, al ser la primera mujer misionera en la Iglesia en Colombia, su voz no sólo emerge como nueva y fresca en ese mundo que le había sido vedado, sino que lo hacía para abogar por aquellos que después de 500 años siguen siendo víctimas del silenciamiento: los indígenas. Y es como representante de ellos que paulatinamente se abren puertas para dialogar con personalidades como Carlos E. Restrepo, quien fuera elegido presidente de la República en 1910 y a quien la religiosa le solicitaría apoyo económico, así como la expedición de un decreto de leyes que favoreciera a los indígenas (Montoya Upegui, “Informe” 10).

Pero, ¿qué es lo nuevo que advertimos en este informe? ¿Qué hay de innovador en él que nos remite al pensamiento de La Madre Laura? Así como hemos dicho que Laura Montoya fue una voz primera al interior del trabajo misional en Colombia, vemos necesario ubicarla en un contexto de la misma tradición misionera eclesial, ya que ello contribuiría a reivindicarla como precursora de una nueva forma de hacer dicho trabajo misional. Si observamos la historia de la presencia de la Iglesia en América desde la Colonia, encontramos que, en 1525, el primer administrador español, Rodríguez de Albornoz, y más tarde Hernán Cortés, solicitan al emperador Carlos V que envíe mujeres para que colaboren en el trabajo evangelizador; sin embargo, la misión de estas no sería la de ejercer el apostolado activo, sino la de trabajar como maestras de niñas indígenas al interior del convento y de la escuela parroquial. En dichas labores se desempeñaron muchas religiosas durante toda la Colonia (Ferrús 248).

Por tanto, en un estricto sentido teológico, la Madre Laura llega a ser nuestra primera mujer-misionera, de manera que también rompe con esa tradición impuesta desde la Colonia. Su obra da cuenta de una vida entregada a la acción, al trabajo misional, pero también de una rica espiritualidad. En otras palabras, Laura Montoya participa activamente de la historia y lo hace con la claridad absoluta de que su labor como *misionera*² es cristianizar, para lo cual opta por indios de quienes dice sentirlos como carne de su carne. A propósito de este sentimiento, Carlos Mesa, que es biógrafo de la religiosa, cita una conversación entre la misionera y su confesor Ulpiano Ramírez en la que la monja manifiesta lo siguiente:

Mi llaga son los indios americanos. Me siento madre de todos ellos. Me duelen por olvidados, por su indigencia de todo, por su recelosa hurañía, porque en sus cuevas y guaridas vegetan y mueren lejos de Dios, teniendo [sic] tan cerca de Dios. (Mesa 21)

Podríamos hoy especular sobre las posibles razones o el porqué de esta opción, al igual que sobre el origen de su vocación por la causa de los indios, pero coincidimos con lo que destaca el sacerdote Carlos Mesa, cuando sostiene que se trata de una casualidad histórica, en tanto que el tema del indígena había entrado a ocupar un lugar en las argumentaciones de tipo socio-político. Sin embargo, hay otras razones que son inherentes a la sensibilidad de la autora y que, según lo escribe en su *Autobiografía*, desarrolla a partir de sus conocimientos escolares, primero, y de su encuentro con los indios, después.

En cuanto a lo destacado por Carlos Mesa, vemos que en el mismo año en que nace Laura Montoya, 1874, el asunto de la evangelización del indio se había puesto en debate nacional y de ello daban cuenta los mismos informativos católicos: *La Sociedad*, el famoso semanario católico de Medellín, registraba una serie de inquietudes y preocupaciones a favor de la cristianización de los indios. “Indispensable para cristianizar —decía *La sociedad*— es el elemento religioso, Este, de preferencia, es el que debe introducirse entre los indios” (Mesa 117).

En correspondencia con lo anterior, el país había experimentado un auge misionero en la primera mitad del siglo XX, que tenía relación con el fortalecimiento de la Iglesia en los ámbitos internacionales y con las políticas impulsadas por el Vaticano en favor del desarrollo de las misiones católicas en todo el mundo (Córdoba 39). De igual forma, para el caso específico de Colombia, la promulgación de la Constitución conservadora de 1886, al igual que el Concordato suscrito entre Colombia y la Santa Sede en 1887, atrajo comunidades religiosas masculinas y femeninas. En relación con el impulso dado por el Vaticano a las misiones, escribe Felipe Córdoba lo siguiente:

Por esta época, la dinámica misionera fue una preocupación permanente del Vaticano; bajo los papados de Benedicto XV (1914-1922) y de Pío XI

(1922-1939) se crearon 78 nuevas misiones en el mundo. Llama la atención el elevado número y el corto tiempo en que fueron creadas: entre 1922 y 1929; es decir en ocho años surgió un promedio de diez nuevas misiones al año. (52)

En lo que respecta al segundo punto, esto es, a la sensibilidad de Laura Montoya por los indígenas, si bien su voz suena como un eco paternalista de la del Padre de las Casas, el defensor de los indios, es de notar que, como ella lo apunta en su *Autobiografía*, también surge como consecuencia del conocimiento que adquiere en sus estudios de historia y geografía de América, pues es en la escuela donde descubre la marginalidad y el olvido en que vivían los indígenas. Dicho sentimiento se afianza posteriormente, cuando hace su primera excursión a Guapá en 1908, donde los indígenas Catíos. De allí regresa con la convicción de que su llamado era el apostolado entre los indígenas. Así, el empeño que pone la Madre Laura en su proyecto logra concretizarse en 1914, cuando establece su primera misión para evangelizar en Urabá, con el apoyo y gestión del entonces obispo de Antioquia y funda la Congregación de Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena. En 1916, también con la ayuda de monseñor Crespo, su comunidad fue elegida como Congregación Diocesana por el Vaticano (Córdoba 126).

No obstante, una vez puesto el empeño en dicha labor, se produce lo que Laura Montoya evoca como un milagro. Se trata de la respuesta del Santo Padre, Pío X, en su *Carta encíclica Lacrimabili Statu*, dada en Roma, en San Pedro, el 7 de junio de 1912 y dirigida a los arzobispos y obispos de América Latina y en la que clama por remediar a la miserable condición de los indios. Sobre el impacto que la encíclica papal produce en la Madre Laura, ella escribe lo siguiente: “Llena de gratitud fui a la Virgen y le lloré de agradecida; le dije que me ofrecía para recibir todos los tropiezos que la obra tuviera” (Montoya, *Autobiografía* 341). He aquí entonces una justificación de peso, que le otorgaba la certeza de que había optado por el camino correcto y una razón más para poner ahínco y empeño en su trabajo evangelizador al interior de los indios del Occidente antioqueño.

Un capítulo interesante por sí mismo, es la fuerza con la que Laura Montoya asume las adversidades que encuentra en el camino y en el desarrollo de su trabajo como misionera, las cuales están, definitivamente, marcadas no sólo por el hecho de ser mujer-misionera, sino porque su propuesta, como lo hemos subrayado, implicaba una perspectiva diferente a como lo hacían las comunidades religiosas masculinas. En otras palabras, la Madre Laura asume el trabajo evangelizador, pero su visión sobrepasaba la que se tenía al interior del clero, lo cual, como hemos visto, puede tener varias explicaciones. Nos interesa destacar que sospechamos que la diferencia de su método consistía en el hecho de que este era concebido desde la misma otredad, es decir, la de ser mujer en un medio que le era adverso.

Sin embargo, insistimos en la necesidad de tener

presente el momento histórico en el que vive Laura Montoya, ya que para esta época se estaba gestando un cambio en la sociedad colombiana que, aunque de forma lenta, influyó para que lograra vencer las adversidades que encontraba en su camino. Estos cambios están en estrecha relación con los movimientos ideológicos, políticos y religiosos que se suceden a lo largo del siglo XIX y que afectaron la posición de la mujer en la sociedad y dentro de la Iglesia. En dicho sentido, casi que se podría hablar de una feminización del catolicismo, a la vez que se pensaba que el alma de la mujer era complementaria a la masculina y necesaria para la plena realización de la humanidad. Y si bien los conventos habían perdido la función de recinto intelectual que tuvieron en la Colonia, debido a que la mujer podía acceder al conocimiento sin necesidad de optar por la vida religiosa, no sucedía lo mismo con las mujeres que querían dedicarse al trabajo de las misiones, en tanto que este se ejercía en lugares lejanos e inhóspitos y de los que ellas seguían siendo excluidas; de ahí que la labor misional de las lauritas fue controversial desde sus comienzos.

La propuesta educativa misional que involucra el “Informe”

El informe ante el Señor Comisionado para los indígenas de Occidente de Antioquia, realizado por la Madre Laura en 1917, consta de 43 puntos en los que la misionera sintetiza treinta y dos meses de trabajo. En los primeros cinco puntos refiere su propósito, menciona algunas de las dificultades que encontraba para su trabajo y lo primero que subraya es que “la carga es demasiado pesada para una mujer que apenas alcanza a estar a la altura de sus deberes de maestra” (“Informe” 13). Dada la habilidad de la Madre Laura para instar por las necesidades de la misión y abrirse puertas, considero que esta especie de aclaración funciona más como un juego retórico de humildad, al estilo teresiano, utilizado por la Madre Laura para que, a partir de este acto de humildad, no se sobredimensionara lo grande de su empresa. Dicho de otro modo, al escribir que la carga es demasiado para una mujer, se ubica en el lugar en que todos esperan que esté, como mujer, creando así una simpatía en quien lee el informe.

En segundo lugar, la autora menciona las dificultades que tiene para fundar su misión, entre las cuales destaca la dispersa localización de los grupos étnicos y los inconvenientes con las comunicaciones. Pero es justo a partir de estos inconvenientes que Laura Montoya ve la necesidad de definir su estilo misional, el cual empieza de la siguiente manera: “Consiste en la formación de centros misioneros que ponen en movimiento y nutren enseñanzas ambulantes a su alrededor, sin localizarlas sino por accidente” (“Informe” 14). Las ventajas que brindarían estas ambulancias son de dos órdenes: de tribu y domiciliarias, lo que permite que sean accesibles a todos los indígenas y posibilitan crear una relación de conocimiento recíproco entre las misioneras y los indígenas. Y, como lo escribe en el punto décimo: “El especial beneficio de las ambulancias domiciliarias consiste

en que, con ellas, no quedará indígena viejo, enfermo o niño, sin los auxilios y beneficios de la Misión” (15).

Sin embargo, el “Informe” trasciende a una dimensión sociopolítica en el numeral trece, donde alude a otra de las preocupaciones que es recurrente en el pensamiento de la Madre Laura y que tiene que ver con la distancia que su propuesta toma de los procesos de aculturación de la que eran objeto los indígenas, quienes, en la tradición misionera vigente, eran obligados a renunciar a sus lenguas, a sus ritos y a sus formas de vestir. Ante este panorama, Laura Montoya es contundente y escribe lo siguiente: “Esto, sobre imposible, es cruel! ¿Quién no ama su lengua? ¿Quién no quiere las tradiciones de sus antepasados, como a pedazos de su mismo corazón?” (17). Así, el método misional de la Madre Laura toma espacio en un contexto en el que recibe duras críticas, críticas por su concepción y forma de trabajo. Su respuesta se escucha cuando aclara, en el numeral diecisiete, lo siguiente:

[...] las razones que me llevan a exponer el método que sigue a la evangelización y que servirá de respuesta a los que, tal vez, con alguna ligereza, le hacen cargos no muy bondadosos, a la Misión, en lo relativo a la enseñanza. (17)

En este punto tenemos que destacar que una de las mayores riquezas que ofrece el método de la Madre Laura es su forma de concebir el encuentro con los indígenas, pues ahí queda en evidencia que su agudeza etnográfica y antropológica es tan destacable como la religiosa. Si bien el propósito de evangelizar seguía manteniendo la esencia que había tenido desde la Colonia, la Madre Laura pone en escena una nueva tolerancia, una apertura ideológica y el respeto por la cultura indígena. Por otra parte, encontramos una crítica y denuncia frente a las imposiciones que utilizaban los “blancos” en el proyecto civilizador, lo cual, escribe la misma Laura, en muchos casos se llevó a través de los trabajos misionales³. Al respecto, indicamos otro ejemplo referido en su *Autobiografía* que es muy significativo y que se produce cuando “un señor” le dice que su trabajo misional iba muy lento y, como consecuencia, que los indios seguían hablando su lengua y todavía no usaban vestidos:

Con un poco de seriedad le contesté a dicho señor, que ellos amaban su lengua como nosotros amamos la nuestra y que en los vestidos tenían cifrada su tradicional grandeza (...). Para vestirlos es necesario civilizarlos y para civilizarlos hay que arrancarles casi el corazón con todos sus afectos a raza, antepasados, y tradiciones (...). [L]os que pretenden arrancarles estas cosas a la fuerza, además de crueles son irracionales. (637)

La Madre Laura asume entonces su proyecto misional de una forma independiente y transgresora, y quizá por ello sus mismas posturas educacionales resultaban incómodas para algunos sectores de la Iglesia colombiana del momento, ante quienes tuvo que sustentar una y otra vez las ventajas de su método. En dicho sentido, son destacables el empeño

y la tenacidad que pone para recurrir a diferentes instancias del poder en busca de apoyo que, como puede verse, es económico, pero también jurídico y legal. Para lograr sus objetivos demuestra una gran habilidad para argumentar, hasta el punto de llegar a involucrar la idea de que el carácter femenino era especialmente adecuado para hacer exitoso trabajo misional, y ello pese a que su condición de mujer era justo el principal argumento utilizado por algunos hombres de la Iglesia y familiares, para oponerse a sus misiones⁴. En consonancia con lo anterior, leyendo entre líneas, en varios de los textos de la Madre Laura, encontramos que emerge una voz crítica contra los intentos fracasados de trabajos misionales desarrollados por hombres, lo cual queda explícito en su entrevista con el presidente de la República Carlos E. Restrepo⁵, a quien, como dijimos, busca para solicitarle apoyo económico y lo relata de la siguiente manera:

—Me recibió el Dr. Restrepo con toda la caridad (...) pero me dijo:

—Mi padre trabajó mucho por la protección de los indios de los alrededores de Andes, los atendió como un padre, y nada consiguió de ellos. Para mí, los indios de Antioquia son irreductibles.

—Le contesté que así los calificaban (...) pero que la moción que sentía me hacía esperar que Dios los cambiara y que además, jamás se había intentado reducirlos por medio de una mujer.

(...) Entre los débiles y pequeños el triunfo es reservado a la mujer. (*Autobiografía* 332)

Hacemos especial énfasis en esta última frase, ya que, a nuestro modo de ver, representa la fuerza motriz de su método de trabajo: su propuesta involucra el estímulo intelectual y este se hace de lo elemental y conocido a lo complejo y desconocido. Pero más contundente todavía es la insistencia en cuestionar la verticalidad en la relación maestro-alumno y dice:

Y sigo con lo del Método, Señor Comisionado. Como vamos de lo fácil a lo difícil, fieles a tal consigna, nos colocamos al nivel del indígena, vivimos y tratamos de pensar como él. Por eso he llamado a las Misioneras que me acompañan, religiosas o maestras cabras, pues que deben caminar por los montes y asimilarse a su vida, para poderlos sentar al banquete de una sociedad más humana y cristiana. (“Informe” 8)

No obstante, es importante aclarar en ese empeño por una sociedad más humana y cristiana, la Madre Laura hace énfasis en que su misión no tiene por objetivo empujar al indígena “al cauce de la llamada ‘civilización’ (...), asumirán lo que crean conveniente, guiados por el amor y sin presión extraña que acabe de postrar la ya tan deprimida dignidad de esta raza” (19).

Ahora bien, como lo planteamos al inicio del trabajo, el método que propone la Madre Laura está inspirado en

un profundo humanismo, el mismo que encontramos en las enseñanzas de Jesús. De ahí que su epicentro también sea el amor cristiano, de donde nace el sentimiento de igualdad y justicia que propone como esencial. De esta forma, sus enseñanzas implicarían un desafío y una revolución del Evangelio o, como lo denomina el padre Guillermo Cardona, una “inculturación” de este. En efecto, el Evangelio debería recoger e incluir los principales aportes que el método misional propuesto por la Madre Laura y que constituirían sus preocupaciones esenciales, a saber: la creciente pobreza, al ser esta causante de grandes injusticias y violaciones de los Derechos Humanos; la población juvenil, por su vulnerabilidad; la violencia armada, dado que es la principal causa del desplazamiento interno y externo; así como reflexión sobre la palabra de Dios pensada desde el pueblo y la recuperación de la identidad, es decir, el reconocimiento y valoración del otro en sus diferencias, entre otros (Cardona 43-44).

Siguiendo con los puntos del “Informe”, encontramos que los contemplados entre el número veintiséis y el treinta y tres se sientan otras bases del método pedagógico y misional de la Madre Laura; el interés que guardan estos numerales tiene que ver con la forma como la Madre lo define y cito: “La enseñanza en la Misión es completamente irreglamentada, por parte de los indígenas, y muy ordenada y reglamentada, por parte de la Maestras quienes en cualquier momento saben lo que cada indígena conoce” (20). De la misma manera concebía que la enseñanza de la lengua castellana a los indígenas debía hacerse a la par que las hermanas de la comunidad aprendían la lengua indígena (21). Pero, lo más destacable es que presenta una visión abierta de la escuela, en tanto que no se circunscribiría a un espacio definido, sino que escribía lo siguiente: “No hay días, ni lugares fijos para la enseñanza (...) Tampoco matrículas, porque abrirlas sería ahuyentarlos” (21).

La conocida agudeza de la Madre Laura no da tregua y sobrepasa las expectativas, y una prueba de ello es un quiebre reivindicatorio que advertimos en el “Informe” y que se registra entre los puntos treinta y cuatro, hasta el cuarenta y uno, donde se empiezan a exponer las necesidades de la Misión, así como las dificultades de suplirlas, precisando que esta contaba con tan sólo cinco sueldos de maestras, que recibían del Tesoro Departamental. Paso seguido, solicita al Señor Comisionado que en el nuevo presupuesto de la asamblea se le intente cubrir dicha necesidad (22). En ese mismo orden de prioridades, la religiosa denuncia las injusticias que se cometen con los indígenas en relación con la tenencia de las tierras y, nuevamente, solicita al comisionado que haga efectiva su ayuda, es decir, que aplique la justicia en lo relativo a la propiedad, ya que hasta entonces sus diligencias habían quedado sin efecto (22) y escribe:

Es necesario Sr. Comisionado que veamos cumplirse la justicia, aunque sea a despecho de los que para tranquilizar su conciencia, agobiada con el peso de

los latrocinios, practican el inmoral principio de que la propiedad no debe estar manos que no pueden embarcarla en la nave del progreso; ¡como si el que adquiere una propiedad firmara documento de emplearla en fábricas o ingenios, bajo pena de verse despojado de ella! ¡Esto es inocuo! Y lo he oído más de una vez. (“Informe” 23)

Como puede leerse en la anterior cita, el “Informe” cobra un alto valor político y la retórica que utiliza la Madre Laura podría ser merecedora de un estudio por sí misma, pues, en muchos aspectos, nos recuerda a la teresiana. Sin embargo, en otro sentido, las reivindicaciones que Laura Montoya solicita para la causa indígena tienen la esencia cristiana que hemos aludido a lo largo de este escrito, por lo que, en nuestra opinión, se trata de una autoexigencia de parte de la misionera, esto es, la de ser perfectamente coherente con las enseñanzas de Cristo y así lo escribe:

Si en todos los tiempos fue precisa la justicia que ampara al débil (...) sobre todo, en los pueblos formados por el cristianismo o inspirados en él, ¿Cómo sufriremos ahora nosotros al mostrarle a este pueblo indígena el cristianismo sin su lujosa aureola de justicia? ¡La necesidad a este respecto clama al cielo, Sr. Comisionado! (“Informe” 23)

Pero si la visión política de la Madre Laura se hace explícita en sus denuncias frente a la situación de los indígenas, también se destaca en otras situaciones relacionadas con su labor pedagógica. Al respecto es admirable el hábil manejo que la religiosa hace de sus opiniones en su trabajo educador y misional. Aunque dicho punto habría que pensarlo en el contexto de la historia sociopolítica de Colombia y quizá de Antioquia, de finales del siglo XIX y principios del XX, leamos un acontecimiento que la Madre Laura refiere, sobre la conservadora ciudad de Fredonia de finales del siglo XIX:

En el año de 1896 continué trabajando en Fredonia (...) Era Fredonia un pueblo conservador pero revoltoso y como acaba de pasar la revolución, los ánimos revivían excitados. Las niñas no entendían sino de política. La maestra que me precedió

era liberal y sufrió la pobre la más vergonzosa humillación que puede sufrir una maestra (...). Llena de confianza en Dios emprendí la tarea de educar aquellas fieras; así podía llamarse a las alumnas. Comencé por ocultarles mi opinión política. (*Autobiografía* 151)

Observamos un posicionamiento estratégico, del yo autobiográfico en este caso, para finalmente dejar en evidencia que la ideología política no es un argumento válido para despreciar al prójimo. Esto, como hemos dicho, debe entenderse en el contexto de la sociedad colombiana, muy específicamente, teniendo en cuenta lo que implicaba vivir en un pueblo conservador. Veamos otro ejemplo:

En toda la escuela (...) no había sino una niña liberal y en cada recreación querían matarla. Me puse a la defensa de ella y con esto creyeron que yo era liberal (...) sin confesarles mi opinión, les manifesté que solamente era defensora del oprimido y que no veía en ellos color político sino almas que debía conducir al cielo (...).

Muy pronto supieron por mi madre que era conservadora y me decían: antes la queríamos con pena, señorita, porque la creíamos liberal. Ahora la queremos sin sombra de pena. Haga de nosotras lo que quiera. Qué tontos son los odios políticos. (*Autobiografía* 152)

Lo que podemos concluir del pensamiento de la Madre Laura es que su visión sobre la educación sobrepasó las ideologías y las formas tradicionales de enseñanza. En sus ideas encontramos otra forma de hacer apostolado, dentro del cual es más destacable aún la conciencia que tiene de hacerlo como mujer. Además, es importante contemplar que los posicionamientos de la autora concuerdan con una nueva época y con la posición que la mujer había logrado en la sociedad y en la Iglesia, lo cual implicaba el acceso a cierto poder, en el sentido de que no se requería el permiso o la legitimación de la autoridad masculina para ejercer ciertas actividades.

Notas

1. Este trabajo hace en el marco del proyecto de investigación “Voces subalternas y discursos sobre el cuerpo en la narrativa hispanoamericana”. Para su desarrollo se cuenta con el apoyo financiero de la Estrategia de Sostenibilidad del Comité para el Desarrollo de la Investigación CODI (Universidad de Antioquia).
2. Misión, del latín *missio*, alude al envío que Dios hace del Hijo, Jesucristo, venido a la tierra para borrar los pecados del mundo. El misionero convierte por medio del bautismo, que “hace miembro del cuerpo de Cristo”. El sentido moderno a la “*missio ad gentes*”, está aparejado a la idea de “desplazamiento geográfico”, en pro de la difusión del mensaje de encarnación cristiana (Ferrús 259).
3. Aunque es evidente que para la misionera civilizar era cristianizar y que para ella el catolicismo era la verdadera religión, es destacable que el reconocimiento de la diversidad y la toma de distancia de las formas de imposición violenta de una cultura sobre otra.

4. En una entrevista a la Madre Laura, realizada por Olga Lucía Álvarez Benjumea, argumenta desde la Biblia su posición frente a la mujer y dice: “Conocí y conozco el Evangelio! Es allí donde he aprendido, viví y vivo la pedagogía del amor, de la ternura, de la acogida, protección y aceptación inclusiva. Jesús, defiende a la mujer adúltera: Juan 8:1-11

Jesús, escucha y da la palabra a la Sirofenicia: Mateo 15:21-28

Jesús, desafía a la sociedad romana-judía y al magisterio de los Sumos Sacerdotes, que prohibía a hablar con mujeres en público: Juan 4:142

Jesús, entrega su mensaje liberador y acogedor a María de Magdala: Juan 20:10-18.

5. Carlos E. Restrepo fue elegido presidente en la sesión del 15 de julio de 1910 de la Asamblea Nacional. Era un abogado antioqueño, conservador moderado, opositor de Rafael Reyes y destacado dirigente de la Unión Republicana. Este movimiento político había sido creado el 13 de marzo de 1909, al calor de la lucha contra el general Reyes, por personajes destacados de ambos partidos entre los que sobresalían los conservadores José Vicente Concha, Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez, y los liberales Nicolás Esguerra, Benjamín Herrera y Enrique Olaya Herrera.

Obras citadas

- Álvarez, Olga Lucía. “Laura Montoya Upegui: Mujer”. *Evangelizadoras de los apóstoles*. 25 abr. 2012. Web. 04 nov. 2013. <<http://evangelizadorasdelosapostoles.wordpress.com/2012/04/25/30527>>.
- Cardona, Guillermo. “Actualidad de este nuevo método misionero”. *Laura Montoya Promotora de la Educación Popular*. Bogotá: Artes Limitada Martínez, 1992. 25-52. Impreso.
- Córdoba, Felipe. “En tierras paganas. Misiones católicas en Urabá y en La Guajira, Colombia, 1892-1952”. Tesis doctoral. Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2012. Web. 10 nov. 2013. <<http://www.yumpu.com/es/document/view/14636099/en-tierras-paganas-misiones-catolicas-en-uraba-y-en-la-guajira>>.
- Ferrús, Beatriz. “Heredar la palabra: Vida, Escritura y Cuerpo en América latina”. Tesis doctoral. Universitat de València, 2005. Web. 16 nov. 2013. <<http://roderic.uv.es/handle/10550/15243>>.
- Mesa, Carlos E. “La Madre Laura”. Tesis. s.l., s.f. Web. 5 mayo 2013. <<http://tesis.udea.edu.co/dspace/bitstream/10495/376/1/MadreLaura.pdf>>.
- Montoya Upegui, Laura. *Autobiografía. Historia de las misericordias de Dios en un alma*. Cali: Editorial Carvajal, 1991. Impreso.
- . “Informe de la Madre Laura Montoya. Los albores de una metodología de trabajo con los indígenas”. *Laura Montoya Promotora de la educación popular*. Bogotá: Artes Limitada Martínez, 1992. 13-24. Impreso.